Prólogo

1770

Había una mujer frente al mar.

Las olas rompían en la orilla con una serenidad impropia de un día de invierno. Aquella tarde, el viento había concedido un respiro a ese rincón de la costa escocesa, también la lluvia había dejado de caer. Así llegaron a la playa, arrastrados por la promesa de un clima amable, pero se detuvieron antes de poner un pie en la arena, porque entonces la vieron: una mujer, arrodillada frente al mar.

Hacía frío, esa clase de frío que se te cuela en las entrañas, aun sin viento ni lluvia, la clase de frío que cuesta sacudirse de encima, pero esa mujer no exhibía síntomas de malestar. Muy al contrario, parecía tan serena como esas olas que rompían prácticamente en silencio.

Esa mañana, los dos hermanos habían acompañado a sus padres al mercado. Fue allí donde escucharon los rumores: había una bruja en el pueblo. Su padre había sacudido la cabeza y su madre había agitado las manos. Eso son pamplinas, había dicho. Por supuesto que eran pamplinas, las brujas ya no existían, eso lo sabía todo el mundo.

Cuando le contaron a Daniel lo que habían escuchado, él mismo dijo:

— Las brujas ya no existen. —Pero después añadió—: ¿No?

— No —respondió ella.

— Claro que no —constató el hermano, mayor y por tanto más sabio, más valiente—. Las quemaron a todas.

Pero una vez en la playa, con la promesa del juego ya truncada, observando a esa extraña, por si acaso, y en voz baja, lo que dijo fue:

— Vámonos. No me gusta.

Su hermana ignoró su advertencia y mantuvo la mirada clavada en la mujer que descansaba frente al mar, que daba la sensación de estar emitiendo una plegaria o una maldición, aunque las brujas no existieran ya, aunque tal vez nunca hubieran existido.

— Tu hermano tiene razón. —La niña se giró para escuchar a su amigo—. Deberíamos irnos. Además, se está haciendo tarde.

Los dos tenían miedo, pero ninguno lo dijo. No hacía falta: podía reconocer ese miedo en los ojos azules del uno y en la orden suplicante del otro. Deliberó unos instantes: ¿tenía ella miedo? Decidió que no, así que fijó los ojos de nuevo en aquella mujer arrodillada frente al mar.

Como si se supiese espiada, con esa clase de intuición que advierte a uno que está siendo observado, giró la cabeza. Los tres se sobresaltaron, pero no había nada de particular en su rostro, pensó la niña, salvo quizá una extendida tristeza, visible incluso en las quince o veinte zancadas que las separaban.

— ¡Bruja! —gritó alguien a espaldas de todos.

Los tres críos se sobresaltaron de nuevo. Daniel cogió la mano de ella, que entonces sí apartó la mirada de la playa. Giró su cuerpecito, tan pequeño ante la inmensidad del mar, y observó a una pareja de ancianos mientras se alejaba. Años más tarde pensaría que aquel fue un grito singular; una especie de grito susurrado, una

exclamación que no pretende ser escuchada porque, en el fondo, el odio expresado nace del miedo, y quién podría desear que otro escuchase los alaridos de su miedo.

La niña se preguntó a qué tendría todo el mundo miedo. Ella no lo sentía. Como mucho, lo que sentía era una tristeza contagiada por esa mujer. No era una anciana o, en cualquier caso, no tanto como la pareja que la había increpado, y sin embargo parecía profundamente vieja. Ha vivido mucho, decretó, con la vehemencia reveladora propia de la infancia. Fijó la mirada en sus pies descalzos que, el uno junto al otro, sostenían el peso de su cuerpo. De rodillas, estaba de rodillas.

Le impresionaba aquello: de rodillas, descalza, frente al mar.

Creyó descubrir que los dedos de esos pies se retorcían hasta distorsionar la que debía haber sido su forma natural, provocando que no parecieran, no del todo, dedos. No habría podido decir si contaba ocho o nueve, pero había aprendido a contar hacía bien poco, y además estaba a veinte zancadas de distancia, así que podía estar equivocada.

¿Sabría contar esa mujer? ¿De dónde era? ¿Por qué todos estaban tan convencidos de que se trataba de una bruja? ¿Sería por los dedos de sus pies?

¿No las habían matado a todas? ¿Era aquella la última bruja de Escocia?

Tantas preguntas, tenía tantas preguntas siendo apenas una niña.

— Yo me voy, ¡haced lo que queráis!

El mayor se incorporó y, pese a su aparente desentendimiento, agarró a su hermana del brazo y la obligó a incorporarse. La siguieron unos ojos azules, como siempre hacían.

— ¡Suéltame! —dijo ella.

No fue un grito susurrado, sino un grito propiamente dicho.

La mujer frente al mar volvió a girarse. Anciana y niña se miraron durante unos instantes. La niña pensó que a lo mejor lo que quería esa bruja era que el mar se llevase el olor de las hogueras.

Capítulo 1

1788

La vida de Cassandra ya había comenzado a girar en torno a la muerte de un hombre cuando aquella mañana abrió los ojos.

El primer sonido del que tomó conciencia provenía de los ventanales. Tardaría todavía unos segundos en comprender que Florence, apostada junto a ella en la cama, pronunciaba su nombre con cierta urgencia. Primero, las gotas de lluvia: *cloc*, *cloc*, *cloc*. Cielo santo, la violencia con la que llovía en esa tierra y lo altas que habían ardido las hogueras. ¿No era que el agua se llevaba por delante el fuego? ¿Era el fuego aún más violento que esas gotas que martilleaban sus ventanales sin descanso, día y noche?

Con delicadeza, Florence colocó una mano sobre las mantas que cubrían su cuerpo. *Cloc, cloc, cloc, cloc, cloc*, repiqueteaba la lluvia.

— Cassandra, ha ocurrido algo…

Abrió los ojos y los clavó en el rostro consternado de la doncella. Esperó por el desventurado suceso, el asunto por el que reclamaba su atención cuando el día aún no había despuntado, a juzgar por la escasa claridad que se colaba en el dormitorio. *Cloc*, *cloc*, *cloc*. En vista del silencio, se incorporó, apoyándose en los almohadones a su espalda.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

Las primeras señales de una reconocida jaqueca martilleaban su cabeza como la lluvia martilleaba la ventana. Escrutó la mirada de Florence, todavía en silencio. La observaba con un tipo de temor que no conocía pero que sí podía, de algún modo, reconocer. La clase de temor que acompaña a la tragedia. *Cloc, cloc, cloc, cloc, cloc*. Encogió las piernas hasta abrazarse a ellas, hasta abrazarse con ellas. Doncella y señora de la casa intercambiaron una última mirada en silencio hasta que la primera, con los labios apretados, anunció:

— El señor… le han hallado muerto, Cassandra. En las cuadras.

Cassandra esperó, con la mirada de Florence sobre ella. No habría sabido responder, de haber sido preguntada por ello, qué estaba esperando durante esos segundos que transcurrieron desde que Florence pronunció las últimas palabras, en las cuadras, hasta que finalmente consiguió asentir. Abrazó sus piernas con firmeza, casi se diría que con pasión, y apoyó la barbilla en las rodillas, desviando la mirada hacia el mobiliario que ocupaba el fondo del dormitorio.

— Herbert ha mandado llamar al señor Walter.

Asintió de nuevo.

Cloc, cloc, cloc, cloc, la lluvia no concedía un respiro.

Cómo era posible que no hubiera apagado todas esas hogueras del pasado.

— Lo lamento, Cassie.

Asintió una tercera vez cuando volvió a posar sus ojos sobre Florence.

Su esposo estaba muerto.

Los primeros compases de la mañana transcurrieron bajo un silencio absoluto, a excepción del *cloc, cloc, cloc* que perseguía a Cassandra allá donde iba. Recorrió las

estancias del palacete en soledad, acariciando los muebles de madera reciente y asombrándose con la pulcritud de su propio hogar, hasta que se decantó por tomar una taza de té en la biblioteca, donde esperaría la llegada de Walter Sayer. De haber solicitado la presencia del mayordomo, Herbert, este habría compartido con Cassandra todo lo relativo a la muerte de ese esposo a quien había visto, por última vez con vida, la tarde anterior. Por temor o por una indiferencia final, eligió el desconocimiento absoluto.

Tomó té en silencio, con la mirada puesta en el exterior. *Cloc*, sonaba*, cloc*, aunque la cadencia era más sosegada, menos violenta que al amanecer. Escuchaba, acompañando a la lluvia, el crepitar del fuego, algo así como *crack*, y una pequeña pausa, *crack*, y el silencio, *cloc*, *crack*, *crack*, *cloc*. Aquel sillón que había pertenecido a Edmund conservaba su perfume. Ignoró como pudo las náuseas, se incorporó y dirigió sus pasos hacia las cristaleras.

De ese modo la encontró Walter Sayer cuando ingresó en la biblioteca: junto a los ventanales. Cassandra volteó todo su cuerpo para enfrentar a su cuñado, todo seguridad y agresividad, todo violencia y fuego. Caminó hasta la chimenea, donde depositó la taza de té sobre la repisa, y tomó la gruesa manta de lana que Edmund había mandado tejer para ella unos cuantos años atrás.

— ¿Dónde está? —preguntó Walter.

Walter no lamentaba que Cassandra hubiera perdido a su esposo, consciente como era de que no existía tal dolor en ella. Sintiendo una extraña incomodidad por ese saber compartido, la joven dirigió una mirada hacia Herbert, situado en la puerta. Cuando el sirviente entendió que era él quien debía ofrecer la información que Walter esperaba, se apresuró a responder:

— En los establos, señor. El mozo de cuadras ha sido quien ha hallado su cuerpo. Queríamos esperar a que usted llegase para…

— Cierra la puerta al salir y espera mis órdenes.

— Sí, señor.

Herbert era educado, discreto, servicial. Cassandra pensó que ella era la señora de la casa y que era ella quien debía disponer órdenes entre esas cuatro paredes, pero no tenía pensado entrar en conflicto un día como aquel. Vaciló entre aproximarse de nuevo a las ventanas o sentarse en ese sillón que olía a su esposo fallecido.

— ¿Qué ha sucedido, Cassandra?

«Sin deferencia, de acuerdo».

— ¿Cómo podría saberlo, Walter?

Colocó la manta sobre sus piernas al acomodarse entre el perfume.

— Uno espera que una buena mujer cuide de su esposo.

— Hay lugares a los que, como bien comprenderás, no podía acompañarlo.

Walter torció la boca en una sonrisa que indicaba desprecio. Avanzó hasta sobrepasar la posición de Cassandra y, observó esta por el rabillo del ojo, se colocó frente a los ventanales, con las manos en la espalda y, suponía, el fuego en la mirada. *Cloc*, *cloc*, *cloc*. Uno espera que la lluvia apague las hogueras, pero esa lluvia maldita no hacía sino alimentarlas.

— No quiero que abandones esta casa —dijo Walter.

— ¿Disculpa?

Se volvió de nuevo y la miró desde arriba.

— No voy a repetirlo. Ahórrate el intento —añadió, imaginando la iniciativa de protesta que iba a tomar Cassandra—. No es tu seguridad lo que me preocupa.

— ¿Qué es lo que te preocupa, en ese caso?

Se miraron.

Walter emitió un largo suspiro, con las manos todavía guardando sus espaldas. Cassandra se preguntó cómo hace frente al dolor un hombre tan frío como era su cuñado, qué caminos se elegían, desde esa posición, para transitarlo o erradicarlo.

— Mi hermano ha sido asesinado, Cassandra. De tener que aventurarte, ¿qué dirías que podría preocuparme en estos momentos?

No tuvo que pensarlo mucho: la venganza.

Guardó silencio. Walter deshizo sus manos unidas y los brazos cayeron a ambos lados de su cuerpo. A Cassandra le pareció que estaba ante una imagen muy fidedigna de un hombre sumido en la impotencia, y que la contención en sus palabras no era sino la contención de toda la ira que guardaba dentro.

«Hazme la pregunta que deseas hacer: pregúntame quién ha sido».

¿Qué respondería, llegado el caso? Tal vez una verdad: que no le importaba.

— ¿Cuándo fue la última vez que viste a mi hermano con vida?

Cassandra desvió la mirada hacia la chimenea. *Crack*, *crack*, *crackcrack*, *crack*.

Sobre todo: *cloc, cloc, cloc*.

— Ayer, poco después del almuerzo. Edmund me acompañó a casa de Sarah Grant, donde permanecí hasta que comenzaron los festejos. Ignoro qué hacía Edmund en los establos. No compartió nada conmigo, salvo que tenía compromisos que atender. Dormíamos, como imaginarás, en cuartos separados, por lo que no eché en falta su presencia al acostarme. No hay mucho que pueda contarte, Walter.

— ¿No ha ocurrido nada extraño en los últimos días?

— No lo sé. Si estaba inquieto, o preocupado, no era algo que compartiera conmigo.

Walter la miró. Si la relación con su esposo se había asentado en un vacío sólo ocupado con violencia, su cuñado había sido, durante aquellos años, una presencia amenazadora pero silenciosa en su vida. Nunca había reparado demasiado en ella, pero en esos momentos supo que la detestaba con todas sus fuerzas.

— ¿Para qué podría querer una esposa que ni calentaba su cama, ni le daba descendencia, ni se cuidaba de escuchar sus preocupaciones?

Apretó los labios y alzó la cabeza lo justo para que Walter lo apreciara. No dijo nada.

— Mandaré llamar a nuestro reverendo de York para el funeral. Ofreceremos un servicio sobrio y respetuoso. —Hizo una pausa—. Por el momento, permanecerás aquí hasta que arroje más luz sobre lo sucedido.

— No tienes derecho a darme esa orden.

— Y sin embargo lo estoy haciendo.

— No tienes ninguna autoridad sobre mí, Walter.

— Y sin embargo vas a obedecerme. —Levantó la voz—. Considéralo la última voluntad de un pobre hombre al que has condenado a permanecer para siempre en esta miseria pueblerina.

Walter Sayer abandonó la estancia antes de que Cassandra tuviese oportunidad de réplica. Permaneció allí sentada, con la taza de té enfriándose en la repisa de la chimenea, la manta de lana todavía cubriendo sus piernas, el cuerpo reposando en ese maldito sillón cuyo perfume contenido, en ese momento y no antes, le provocó una nausea. Se obligó a recomponerse. Suspiró, y se obligó a sí misma a recomponerse.

Quiso pensar que Herbert se había encargado de comunicar los hechos a su propia familia. Stuart Burns se cubriría la parte inferior del rostro con una mano, mientras se decantaba por la expresión más estoica posible para reaccionar a la noticia. Liam, en cambio, no encontraría manera de esconder su júbilo, ni la sensación de justicia que sin duda lo embargaría. Edmund Sayer asesinado, diría para sí, qué excelente final. A Dios gracias que Cassandra había heredado más el temple de su padre, ese que le permitía calibrar cuándo exhibir u ocultar sus emociones, que la impulsividad de su madre, que sobre todo había ido a parar a su hermano mayor.

«Madre. Qué habría sentido madre».

De lo que sucedería de ese momento en adelante, poseía una idea muy limitada, pero sí podía suponer que el descanso, la paz anhelada, quedaba lejos. Un hombre de la talla de Edmund Sayer habría sido enterrado con todos los honores que correspondían a su posición, y su familia lo habría llorado durante meses, pero Edmund no se había ganado el respeto de esa *miseria pueblerina* ni había formado una familia. Sólo estaba ella, Cassandra, así como Walter, su hermano pequeño.

Los Sayer habían dejado York una década atrás para aprovechar la expansión del Imperio. Fue entonces cuando tomaron las oportunidades que ofrecían los puertos de esa región de Escocia, en aquella época conocida como Haddingtonshire, en uno de cuyos pueblos se habían asentado. Nunca habían hecho más que eso: asentarse. Los escoceses no eran de su agrado, ni siquiera los del sur, ni siquiera los que habían abrazado la Unión. Ni siquiera la mujer, ni mucho menos la familia, con la que se había desposado el mayor de ellos.

Cassandra poseía una idea muy limitada de lo que sucedería de ese momento en adelante, pero sabía que Walter Sayer perseguiría el crimen. Lo entendía, a decir verdad, por mucho que pesase sobre ella una cierta incomodidad por empatizar con ese hombre. Lo entendía porque ella tampoco podría dejar estar el asesinato de su hermano. Ni siquiera era capaz de abandonar las muertes de todas esas mujeres que nunca había conocido.

Si pudiera sacarlas a todas de la hoguera… *Crack, crack, crack*, crepitaba el fuego. Si pudiera sacarlas a todas de la hoguera alcanzaría la paz anhelada, entonces sí la alcanzaría.

Cloc, cloc, cloc, cantaba la lluvia en las ventanas. La lluvia canta, le había dicho Daniel una vez, la lluvia canta en esta tierra, ¿o es que no la escuchas? *Cloc*, *cloc*, Cassandra ya sí lo escuchaba. La lluvia cantaba, esa mañana gris, algo parecido a un canto de libertad.

No podía decirse que se sintiera dichosa. No era dicha lo que llevaba dentro, no era el júbilo que sí sentiría su hermano cuando conociese lo sucedido. Tampoco era, en cualquier caso, tristeza ni nada que se le pareciese. Los recuerdos de noches sin dormir, esperando una violenta visita a su cuarto que tal vez llegara o tal vez no, el hedor del alcohol, y del perfume, los golpes en la oscuridad, el temor a que uno de esos golpes fuera el último… Todo aquello conducía a la única verdad que importaba, más allá del júbilo, más allá de la tristeza. Más allá estaba ese canto de libertad que creía escuchar en la lluvia: la vida de Edmund había terminado y por ello, quizá, la de Cassandra pudiese por fin comenzar.

Capítulo 2

El segundo lunes de noviembre, Cassandra enterró al hombre que había sido su esposo mientras pensaba en quien podría haberlo sido.

La lluvia no era tan habitual en ese rincón de Escocia como lo era hacia el oeste, donde de algún modo la tierra se volvía más salvaje, más imprevisible, o hacia el norte, donde había nacido su madre, entre clanes que desaparecían y pueblos que se marchaban hacia el oeste, todavía más hacia el oeste. Allí, en ese punto que los mapas situaban en la esquina este de la gran isla escocesa, la lluvia no era tan constante, pero había llovido diez días sin descanso. Había llovido desde que Edmund Sayer había fallecido, sin respiro, *cloc, cloc, cloc*, sin descanso, a veces golpeando con furia las cristaleras del palacete en el que Cassandra había permanecido encerrada.

Aferrada al brazo de Liam, aguardaba las indicaciones rituales de ese reverendo de York de mirada perversa y voz grave que, al margen de apreciar esos dos detalles, no pudo despertar en ella una mayor indiferencia. Su madre, católica de nacimiento, habría echado pestes de los ingleses y hasta de sus compatriotas protestantes, estando como estaban en ese delicado momento en el que la fe abrazada no parecía importar tanto como el crecimiento del Imperio, aunque unos y otros se amparasen en lo primero a la hora de escoger sus lealtades. Qué sabía Cassandra, en cualquier caso, si no era más que una mujer que no había sabido calentar la cama de su esposo ni escuchar sus preocupaciones ni tampoco darle un heredero.

Liam se enderezó a su lado, como sobresaltado por lo que debían ser sus propios pensamientos. Cassandra lo observó. La cuidada barba. Los mechones grisáceos que habían empezado a aflorar tiempo atrás, siguiendo los pasos de su progenitor. Su hermano siempre había sido el más agraciado de los dos, con esos grandes y expresivos ojos marrones que Cassandra había deseado para sí, con esa sonrisa amplia y cálida. Empezaba a envejecer, no obstante, más pronto de lo que debería ser. Aún no había cumplido treinta años, pero sus ojos reflejaban un cansancio que valía por el doble de vida transcurrida. Era el cansancio propio de los hombres del campo, el mismo cansancio que arrastraba su padre. El comercio del lino marchaba bien, tan bien como Edmund en persona había prometido tiempo atrás, pero eso significaba, durante la mayor parte del año, viajes constantes que conducían a Liam a la extenuación. Los meses en los que no viajaba, debían cosechar, tiempo en que el agotamiento era diferente pero existía de igual modo. Cassandra se lo tenía advertido: no vería crecer a sus hijos si continuaba por ese sendero. Qué otra cosa podía hacer, en cualquier caso. Era lo único que tenían. Cultivar, cosechar, hilar, comerciar.

Ese día, bajo la lluvia y aferrada a su brazo, soporte y apoyo, encontró a su hermano más cansado que de costumbre.

— ¿Incluso en un día como hoy debo ser yo quien presuma de tener mejor ánimo? —Susurró Cassandra, sólo para ellos—. ¿No has considerado por un momento que deberías ser tú quien me consolase en el entierro de mi esposo?

Liam sonrió, sólo para ellos. Después dejó de hacerlo.

— No me gusta que haya venido, Cassie.

Hasta ese momento, había ignorado tanto como había podido la presencia de Daniel Loughty, pero las palabras de su hermano la encontraron con la guardia baja y sin pretenderlo buscó entre la multitud, actuando desde el más genuino de los impulsos, ese rostro antaño querido. Al encontrarlo, al mirarlo con plena conciencia de estar haciendo aquello, el corazón de Cassandra empezó a latir desbocado, llevado por un nerviosismo infantil y también por lo mucho que pesaba el tiempo, la pérdida.

En apenas un segundo tomó una decisión: la decisión de permitirse a sí misma examinar sus facciones, de reconocer esos dos grandes ojos azules que dominaban un rostro hermoso, de facciones dulces. Dos grandes ojos azules que la habían observado, tiempo atrás, mucho tiempo atrás, con toda la ternura que tenía dentro ese muchacho amable y atento que había cogido su mano, al principio, cuando nadie miraba; más tarde a la vista de todos.

Casi como si el vínculo que un día existió entre ellos tuviese vida propia, esos dos grandes ojos azules encontraron su camino hasta las pequeñas esferas marrones de Cassandra. Se observaron durante unos instantes en la distancia, en silencio, sin manifestar un solo gesto. Al cabo de unos segundos, Cassandra entreabrió los labios, como si todas las palabras que alguna vez había contenido o fuera a contener pugnaran por salir.

Fue Daniel quien rompió ese momento.

Entonces Cassandra volvió a respirar, si es que su siguiente esfuerzo podía considerarse como tal. Se dijo de inmediato que prefería asfixiarse en esa mirada que sospecharse indiferente ante él, significase eso lo que significase, así que lo buscó de nuevo. No podía estar haciendo aquello, no en ese lugar, no ese día, pero lo hizo. Buscó a Daniel y en su rostro se quedó, respirando la herida, los años perdidos y esa dolorosa distancia, la elección impuesta, la pérdida.

Su hermano le propinó un disimulado codazo.

— Cassie, no lo empeores. —Liam apoyó la mano sobre la que Cassandra tenía reposando en su brazo, con la que se sostenía a su lado—. No debería haber venido. En el pueblo hablarán de esto.

— Han venido como señal de respeto. Por encima de todo, son amigos de padre.

Daniel no había acudido solo. Andrina, la madre que hacía pastas de almendras para Cassandra, y Ramsay, el padre que la había tomado tantas veces en brazos para subirle a la yegua de la familia, estaban también allí.

Liam no lo aprobaba. En esa ocasión, fue Cassandra quien sacudió a su hermano.

— Deja de observarlos de ese modo.

— No me gusta.

— Son familia. Pueden estar aquí, y agradezco que estén.

— ¿No crees que la gente hablará? No me gusta.

— Eso ya lo has dicho.

— No mires más.

— Mira que eres.

Cassandra no tenía pensado sumarse a las inquietudes de su hermano. Habían pasado siete años desde la última vez que había tenido oportunidad de observar con

libertad, sin obstáculos, a Daniel, siete años desde aquella última noche en la que llovía a cántaros, en la que la lluvia cantaba una canción de despedida mientras Daniel lanzaba súplicas y Cassandra negaba con la cabeza, casi al compás de la lluvia, *cloc*, no puede ser, *cloc*, lo siento, *cloc*, yo tampoco deseo esto, *cloc*, tenemos que aceptarlo, *cloc*, tienes que marcharte*, cloc*.

Siete años desde ese último encuentro, desde esa noche en la que Cassandra recordaba haberse dicho que cuando mejor lucían los ojos de Daniel era bajo la luz del sol, a poder ser entre las ramas de su bosque, así que ni siquiera había podido despedirse de estos en su mejor versión.

Ese día lluvioso de cielos encapotados, la mirada de Daniel destacaba como la nota de color en un paisaje gris.

Cassandra se había prometido, hacía ya mucho tiempo, mantener una relación de honestidad innegociable consigo misma. Se había prometido no caer en la trampa de enmascarar sus debilidades, o sus dolores, con fútiles distracciones o pensamientos banales. Además, los pocos modales de una dama que le habían impuesto al casarse con Edmund se los había arrancado su esposo a base de golpes. En aquella tesitura, podía reconocerse a sí misma cualquier emoción, pues había perdido el decoro o la vergüenza, incluso el miedo, ante lo que pudiera encontrar en lo más hondo de su ser. No era temor, por tanto, lo que le impedía poner nombre a todo aquello que estaba sintiendo ese día, frente a esos ojos: era una inusitada incapacidad de reconocerlo. No sabía lo que sentía al mirar a Daniel.

Sí sabía, en cambio, que Walter había terminado de transformar su dolor en rabia. Situado unos pasos por delante, más cerca del cuerpo de Edmund de lo que lo estaba quien había sido su esposa, apretaba los puños, que mantenía pegados a un cuerpo por lo demás inmóvil. Suponía que la unión entre los hermanos había sido, a su modo, sincera, claro que esa lealtad no tenía por qué nacer del amor. Podía encontrar su razón de ser en el compromiso o, más aún, en el orgullo del apellido compartido, en el poder que perseguían por igual. Desconocía si se habían querido o si tan solo habían deseado lo mismo y se habían unido en torno a ello. De lo que sí estaba prácticamente convencida era de que Walter sentía ese crimen como una ofensa. Si no le dolía la pérdida desde el amor, desde luego esa afrenta lo estaría torturando. El apellido mancillado. La privación de poder que demostraba el crimen.

Liam apretó de nuevo la mano que Cassandra apoyaba en su brazo, como acompañando sus pensamientos. Tú no estás sola, no estás sola desde el amor, parecía querer decir.

En realidad, había estado sola siempre, primero desde la incomprensión que acompañaba a toda mujer en ese mundo de hombres. Más tarde sola en el dolor, cuando hubo de cumplir con sus obligaciones como hija en edad de casamiento. Tiempo después, sola en la resignación de saberse atrapada en un matrimonio que durante los primeros meses había sido infeliz, por la mutua indiferencia que se profesaban, por el desaliento que sentía Cassandra y la necesidad de Edmund de imponerse ante ella, ignorando su miseria y haciendo valer los derechos que ese mundo le había concedido desde su mismo nacimiento. Nunca se había molestado en tratar de conocer a la joven con la que se había desposado: sólo había prestado atención a su obediencia o la

ausencia de ésta, a lo que significaba para él, al modo en que Cassandra debía servirle. Así, más tarde y hasta el final, ese matrimonio había pasado a ser, además de infeliz, violento.

Y Cassandra había estado sola, siempre sola, siempre dando vueltas a un mismo asunto: por qué tantas mujeres.

Por fortuna, en algún momento había sabido encontrar el camino hasta la reconciliación con la única familia que sí podía acompañarla, la que ahora le ofrecía el brazo como soporte y apoyo, la que apoyaba las manos en sus hombros y susurraba en su oído:

— Ya queda menos, hija.

Su padre, Stuart Burns, se había situado tras ella desde el inicio de aquel ritual. Muy cerca, Sarah y Robert permanecían en pie, en silencio. Robert mantenía la cabeza baja. Su amiga, en cambio, la buscaba con preocupación de forma constante.

Y frente a ella, dos ojos azules esquivaban su presencia. Sabía que la ignoraba de forma deliberada, que se estaba forzando a ello, que no deseaba que sus miradas volvieran a encontrarse. Sonrió al comprender que lo importante era que ella podía mirarlo, ¡ah!, podía observarlo con libertad. Podía detenerse a contar los pequeños mechones de pelo que caían por su frente, y eso era todo cuanto necesitaba porque era un privilegio, era otro canto de libertad. Admirar el rostro de Daniel, entretenerse en desentrañar la emoción, el sentimiento, que nacía con esa mirada, darse una respuesta que tuviera, incluso, una consecuencia, permitirse transformar ese amor de niños en un anhelo adulto.

— Eres mi primer amor, y yo el tuyo —había dicho Cassandra en una ocasión, en los últimos días que habían pasado juntos, sin saber que serían los últimos—. Es bonito.

Estaban apoyados sobre el tronco de un árbol caído en el bosque, de camino a Dirleton. Había gravedad en la mirada de Daniel cuando respondió:

— Y el último.

Era ese recuerdo, ese recuerdo concreto, el que había ocupado los pensamientos de las últimas noches de Cassandra, justo antes de rendirse a otro sueño intranquilo. La forma en que Daniel la había mirado entonces, entre ofendido y asustado, con toda la determinación que cabía en ese cuerpo de diecisiete años que no se había mostrado esquivo o misterioso en la conquista, si es que esta se había producido en algún momento.

— No tienes que conquistarme, Daniel —había dicho en otra ocasión.

Paseaban por el mercado. Hablaban sobre los tiempos que debían seguir, sobre los pasos adecuados. ¿Eran demasiado jóvenes para unirse en matrimonio? Sabían que en el Norte se comprometían a edades tempranas y que incluso, en ocasiones, antes de formalizar la unión ya les estaba permitido convivir juntos. Allí, en el Sur, las cosas eran distintas. Una pareja no solía desposarse hasta no haber cumplido veinte años de edad. Pero entre ellos era diferente, ¿no? Se conocían desde que eran unos críos, sus familias ya eran familia, ambos lo deseaban.

— Ni siquiera he tenido capacidad de decisión —continuó Cassandra, entrelazando sus meñiques—. Soy tuya desde que era una niña.

Daniel había sonreído con timidez ante esa afirmación rotunda. Tiempo después, ya separados, Cassandra había entendido por qué no se mostró del todo complacido con esa declaración. Se conocían desde críos, se repetía. Las casas de ambos estaban separadas por unos pasos de distancia. Habían crecido juntos, habían dado sus primeros pasos juntos, en todos los sentidos. Se habían tomado de la mano a los doce años, cuando ni siquiera entendían del todo qué significa aquello, y no se habían soltado hasta que no habían sido forzados a hacerlo. Se habían dado su primer beso a los catorce, un beso fugaz, inocente. Se habían besado más adelante con una cierta determinación, explorando aquello, explorando al otro, explorándose a sí mismos, pero nunca habían sido más que dos críos que no habían conocido otra cosa. ¿Era suficiente con conocer al otro, para toda la vida? ¿Era aquello amor? Tener la fortuna de nacer y crecer junto a tu alma complementaria. ¿Así de sencillo?

Recordaba esos momentos con la mayor de las nostalgias, pero tiempo atrás empezó a preguntarse si no había sido otra clase de imposición. La que fuerza el espacio común, el tiempo común, la que concede la cercanía y la costumbre. Leía a escondidas sobre pasiones que devoraban el interior de las personas y comprendía que no había sentido por Daniel más que un corazón lleno… Y ahí se detenía. ¿De qué había estado lleno ese joven corazón? ¿De qué estaba formado el amor, en cualquier caso, qué era lo que había sentido por ese muchacho, que era lo que sentía en ese momento en que por fin podía volver a mirarlo?

Había crecido, era indudable. Se había hecho un hombre. Algo quedaba de ese muchacho espigado que paseaba con ella por el bosque, algo en su porte y sobre todo en esos ojos, pero no sabía cuánto había cambiado. Tal vez ciertos pequeños hábitos se habían perdido por el camino, tal vez ya no torciera la sonrisa cuando algo le agradaba, quizá ya no se sumiera en el silencio como lo hacía cuando miraba encandilado a Cassandra, tal vez ya no le gustase la lluvia, quizá ya no encontrase música en ésta, tal vez incluso había aprendido a mentir, o a contar una historia sin atropellarse a sí mismo. Todo aquello podía haberse perdido, todo aquello podía haber cambiado, todas esas pequeñas cosas que durante años llenaron el corazón de Cassandra.

No sabía, de veras no sabía, si habían sido demasiado jóvenes para amarse como juraban hacer, como creía que habían hecho sus padres hasta el fallecimiento de su madre. Sí sabía que lamentaba que le hubieran arrebatado la posibilidad de descubrir cómo habría evolucionado ese sentimiento que buscaba con ansia en sus recuerdos y que no terminaba de hallar.

Al principio había soñado sin descanso con un futuro para ambos. Lo había imaginado de todas las formas posibles. Lo había deseado con tanta fuerza que habría podido romperse de dolor. Había recreado la forma en la que se escaparía de ese palacete para fugarse juntos, se había imaginado a sí misma llegando a hurtadillas a casa de Daniel, con el vestido empapado por el barro del camino, encontrando un hogar definitivo en esos brazos familiares, en las promesas que sin duda le ofrecería. Había imaginado tanto esa nueva primera vez para ellos… Tanto, tanto, tanto.

Sus deseos en torno a Daniel fueron, en los primeros tiempos tras su matrimonio, una especie de vida imaginaria en la que refugiarse. Paseaba por el jardín fantaseando con la idea de ser su esposa y no la de Edmund, bajaba al pueblo

imaginando que acudía a su encuentro, se echaba en la cama de su dormitorio y casi creía ver cómo aparecía al otro lado de la puerta, con esa sonrisa torcida y el brillo en sus ojos. Lo imaginaba tumbándose sobre ella, cubriéndola con su cuerpo. Lo imaginaba, lo deseaba, si se esforzaba lo suficiente casi podía sentir que era real. Pero algún detalle la sacaba siempre del embrujo, algún elemento que nunca habría formado parte de la vida que habría construido al lado del Daniel que conocía. Nunca habrían dispuesto de un jardín en propiedad, eso desde luego. Siempre acudía al pueblo en compañía de Florence, que formaba parte de un servicio que tampoco nunca habrían tenido. Nunca hubiera sido tan poco libre a su lado, en cualquier caso. Habría andado y desandado a placer sin una obligada compañía.

La puerta de su cuarto se abría de tanto en tanto, pero no era amor lo que asomaba al otro lado, era el demonio.

Tantas mujeres en las hogueras y el demonio seguía habitando en las casas.

Recordó la mirada triste de aquella mujer arrodillada frente al mar. ¡Bruja!, habían gritado a sus espaldas. Daniel la había cogido de la mano y se habían mirado como se debían mirar por entonces, con curiosidad y complicidad. Era ese recuerdo el que dominaba su vida.

Ese recuerdo, junto al otro. El primer amor, el último, la última bruja de Escocia. Recuerdos, creencias que había mantenido toda su existencia.

Cassandra desvió la mirada hasta esas manos ya adultas de Daniel. Descansaban unidas, la una sobre la otra, ante su cuerpo. Volvió a sentirse esa joven que fantaseaba con su imagen tras la puerta. Buscó sus ojos. Azules, tan azules. El día gris y esos ojos azules destacando incluso en la distancia. Tragó saliva. Se obligó a ser honesta consigo misma, a enfrentarse a la realidad.

Daniel iba a casarse con otra mujer. Una joven inglesa cuya familia había recordado de pronto sus raíces escocesas, ahora que los puertos de la costa estaban abiertos y dispuestos. Se habían conocido de casualidad, un día cualquiera, y ella se había prendado al instante. ¿Qué habría pensado aquella familia inglesa, lo había aceptado sin reticencias? Daniel, como ella, pertenecía al pueblo que trabajaba el lino, el campo, el pueblo que dormía con las yeguas en sus casas. Ninguno hubiera imaginado ese cierto ascenso económico años atrás. La de ella era una familia venida a menos, según le había dicho su hermano, pero tenía una cierta reputación. Así que no importaban posiciones, ni herencias. Se casaban por amor.

Ese pensamiento se clavó en lo más profundo de Cassandra y dolió. Le arrebataba todas sus fantasías, sus cuentos y sus ensoñaciones, la imagen de Daniel tras la puerta y sus ojos azules recitando que sería su primer y último amor. Si era amor lo que había sentido durante todo ese tiempo, poco importaba. Cassandra recordaba, pero Daniel nunca había tenido por qué hacerlo.

Capítulo 3

Muy a su pesar, Cassandra comprendió en las horas posteriores al sepelio que todavía quedaba un hombre con vida dispuesto a condenar la suya.

La lluvia por fin había concedido una tregua. A cambio, el sol presidía lo alto de un cielo despejado, un cielo azul, tan azul… Tan frío, pensaba Cassandra, tan frío. Hacía frío aquella mañana. Se sentía presa del sueño, del mal dormir, y sospechaba que así permanecería lo que restaba de día. Había dedicado la noche a dar vueltas sobre la cama, incapaz de cerrar los ojos porque al cerrarlos… Los cerraba y aparecía aquella mujer de su infancia sentada en la arena, arrodillada ante el mar, devolviéndole la mirada mientras ella sostenía la mano de Daniel. Ese recuerdo, siempre ese recuerdo. Cuántas veces había vuelto a él a lo largo de su vida, con o sin ojos azules a su lado.

Esa noche volvió, volvió una y otra vez, una y otra vez, esa noche silenciosa y fría que dio paso a una fría mañana en la que, sin embargo, tomó la decisión de salir a pasear por el jardín, buscando más silencio, buscando su propia calidez.

El reflejo que le devolvía el estanque no decía demasiado. Se inclinó hacia este y colocó la palma de la mano sobre las aguas, sin llegar a tocarlas. Un solo roce y perturbaría la calma conjunta. Eso le satisfacía de algún modo, saberse poseedora de ese poder sobre algo. Le agradaba estar allí. Era uno de los pocos rincones que había encontrado para ella en la casa que Edmund había adquirido en su pueblo, tan lejos de este como había sido posible. Porque él no pertenecía al pueblo, como tampoco pertenecía ese palacete que desentonaba con las pequeñas construcciones que poblaban la orilla del mar, habitadas por pescadores y pequeños comerciantes, y también con las que miraban hacia los campos que se extendían hacia el sur.

Ese palacete no pertenecía ni a un mundo ni a otro, y ella, acostumbrada a las limitadas dimensiones de la casa de sus padres, a la ausencia de privacidad y silencio, sintió aquel lugar, en sus primeros días, colosal. Inabarcable. Amenazador, incluso. Pero esa inmensidad ayudó a sofocar la sensación de asfixia que se trasladó con ella al unirse en sagrado matrimonio con El Inglés, como en un principio lo había llamado Liam, entre bromas y desprecios. El Inglés y Su Hermano. Cassandra sonrió ante ese recuerdo.

A veces sentía que no era nada más que eso: recuerdos. Los suyos y los de otras mujeres, los de las brujas.

Ahora su rostro, al posar la mano sobre el agua, se mostraba deforme. A su madre le hubiera gustado el brillo que esa mañana soleada le había regalado a su cabello. Durante buena parte de su adolescencia se había cuestionado en un sinfín de ocasiones su aspecto. Cuando empezó a crecer, cuando sus pechos empezaron a emerger, con una timidez impropia en ella, cuando sus caderas comenzaron a ensancharse, Cassandra empezó a inquietarse. No se veía bella, no en el sentido más aceptado de la palabra. Tenía los ojos demasiado pequeños y de un color anodino; los de Liam, más claritos, grandes y expresivos, sí eran hermosos. Siempre había tenido, además, el rostro demasiado severo para una niña, y no se había endulzado con los años. No había nada notable en ella, como sí ocurría con otras muchachas del pueblo.

Pero un día su madre le había dicho que su sonrisa era sincera, y eso le había tranquilizado. Podía vivir con eso. Una sonrisa sincera era mucho mejor que un rostro hermoso, a su modo de ver las cosas. Podía expresar cosas bellas con esa sonrisa, cosas de verdad. Para qué necesitaba ser bella, en cualquier caso.

Daniel le había dicho en una ocasión que tenía la sonrisa más bonita de la isla, claro que tampoco había visto muchas más. Pero confiaba en sus declaraciones, sobre todo porque Daniel no sabía mentir, y además sí parecía encontrarla hermosa. En muchas ocasiones la había observado en silencio, sonriendo él, dando la sensación de sentirse cautivado por la persona que tenía delante.

Él tenía los ojos más azules y bellos que ella había visto jamás, claro que tampoco había visto muchos más. Eran unos ojos sinceros que no sabían mentir, unos fieles transmisores de su disgusto, su dicha o su entusiasmo. Al menos, así era antes.

Suspiró. Destrozó la tranquilidad de esas aguas con un dramático manotazo. Numerosas gotas salpicaron su vestido, de negro impoluto para acompañar el luto, y se incorporó. Al dar media vuelta, dispuesta a encarar el camino de regreso hacia el palacete, con la mente puesta en el sabor del té y en la compañía de Florence, encontró a Walter Sayer aproximándose. Suspiró de nuevo. Lo último que deseaba era su presencia allí, pero dado que todavía no había levantado su inicial prohibición de abandonar ese lugar, y considerando que Cassandra era consciente de que justo o no debía obedecer, al menos esperaba poder discutir aquel día ese asunto, y darlo por zanjado. Esperaba la libertad.

— Buenos días, Walter —dijo, acudiendo a su encuentro—. ¿Cómo estás?

Walter se detuvo para guardar con ella una cierta distancia. En lugar de compartir su mirada, suspiró y dirigió sus ojos hacia la derecha, hacia el lugar donde, a lo lejos, se intuía el mar. Los ojos de Walter también eran azules, pero de un horrible y frío color azul, de un azul diferente a los de su Daniel.

— He estado conversando con el servicio y no me gusta nada lo que me han contado.

Cassandra se tragó otro suspiro.

— Me vas a disculpar, pero no sé a qué te refieres.

Walter, entonces sí, clavó esos horribles y fríos ojos sobre ella.

— Te pregunté si había tenido lugar algún hecho inusual en los últimos días.

— Sí.

— Y tú olvidaste mencionar que tu hermano se presentó aquí días antes del asesinato.

— No sé qué puede tener ese hecho de destacable.

— No te hagas la tonta, Cassandra. Ambos sabemos que tu familia se ha cuidado mucho de poner un pie en esta casa. ¿De qué hablasteis esa tarde?

— Las conversaciones que mantengo con mi hermano no son de tu incumbencia.

— Resulta que sí lo son. Me han asegurado que tu hermano profirió un sinfín de voces, ¡que gritaba calamidades! —exclamó teatralmente—. Te vieron visiblemente afectada cuando se marchó. ¿Por qué, Cassandra? No me hagas forzarte a hablar con sinceridad.

Cassandra había tomado para sí un par de lecciones de aquellos años de violencia. No tendría porqué ser de ese modo, pues no era otra cosa que la víctima de un hombre cruel sin escrúpulos ni moral, pero a ella ser una víctima le había hecho alzar la cabeza tras cada golpe. Había orgullo en ese gesto, pero sobre todo dignidad. Lo había adoptado como una manera de demostrarle a su esposo que, sin importar cuantas veces la denigrase, de tantas formas como encontrase para hacerlo, no iba a acabar con su humanidad.

En ese momento, a pesar del miedo, alzó la cabeza. Por orgullo y dignidad.

— Liam se marchaba de viaje al día siguiente. Supongo que aquella tarde me encontraba impresionable. —Se encogió de hombros—. Ya sabes: la debilidad de las mujeres.

Walter la miraba impasible.

— ¿Dónde se encontraba tu hermano cuando asesinaron a Edmund?

Alzó aún más la cabeza, esperando que Walter, tan perceptivo, tan atento, tan calculador, lo entendiera. Lo entendió, y al hacerlo asintió, guardándose una sonrisa para sí.

— ¿Qué ocurrió hace dos semanas, Cassandra?

— No estamos teniendo nuestro día más comunicativo, me temo. De nuevo, no te sigo.

Se acercó a ella.

— Hace dos semanas, te paseaste por el pueblo…

Pero se detuvo. Qué podía decir en cualquier caso. ¿Hace dos semanas, maldita bruja, te paseaste por el pueblo sin ocultar los cardenales que Edmund te había regalado el día anterior?

— ¿Sí? —le animó—. ¿Cómo me paseé por el pueblo, Walter?

— No juegues conmigo.

— Hay cuestiones que deberías habérselas preguntado a tu hermano. ¿Qué esperas que confiese? Edmund me golpeaba, eres consciente de ello, ya entonces eras plenamente consciente. Con toda probabilidad el pueblo entero sabía de sus arrebatos de violencia, así que no descubrí nada en ese paseo.

— No —aceptó, con una fingida benevolencia—, tan solo lo hiciste público.

— ¿Cómo conviertes que tu hermano me golpease en mi problema?

— Lo que ocurre entre un hombre y su esposa es un asunto privado de ambos y debe permanecer en la intimidad.

Salvo cuando se trataba de perseguir a las brujas que hechizaban a sus maridos, que en ese caso sí era un asunto de todos.

No podía dejar de pensar en todas ellas.

— De veras, Walter, no te sigo.

Avanzó otro paso. Y susurró:

— El pueblo entero te vio, Cassandra. ¿Crees que alguien pudo querer vengar a la insolente niña que pasea su intimidad de ese modo?

— Tú mismo no pareces tenerlo claro. ¿Una insolente niña despierta sed de venganza o ira por su insolencia? —Walter apretó la mandíbula—. Deja que sea yo la que responda: hasta donde llega mi experiencia, ni este lugar ni ningún otro se ha

mostrado nunca comprensivo con los… Asuntos que se dan entre un hombre y su esposa. Tampoco mi hermano, así que no lo incluyas en tus patosas sospechas.

— Veo que por fin me sigues.

Cassandra calló, pues un regusto amargo le subió por la garganta cuando entendió que no había vuelta de hoja. Las sospechas de Walter se concentraban en Liam.

— En los próximos días, un abogado llamado Lewis Drummond llegará al pueblo. Viene desde Edimburgo, con amplios contactos y experiencia demostrable. He solicitado sus servicios para dar con el asesino de Edmund y llevarlo así ante la justicia. A la horca. —Hizo una pausa—. Espero que lo recibas como es apropiado que hagas y que colabores con lo que se te pida. —Avanzó otro paso. Empezaba a resultar asfixiante—. Mi hermano, tu esposo, ha sido asesinado, Cassandra. Todavía no sé quién lo hizo, ni sé por qué, pero no creas que voy a quedarme de brazos cruzados. Y déjame decirte una cosa… —Se llevó la mano a la coronilla y sus dedos de señorito inglés rascaron con furia su cuero cabelludo—. Sé que lo odiaste desde el primer día. Reclamaré lo dispuesto en la herencia, desde luego, pero por el momento eres una de las principales beneficiarias de su muerte. No me pongas las cosas difíciles.

Walter esperó un efecto en ella. Lo que hizo Cassandra fue alargar el cuello.

— ¿O qué, Walter? ¿Vas a mandarme a la hoguera?

Una ronca carcajada emergió de la garganta del hombre.

— Tú y tus estúpidas brujas. —Se pasó la lengua por los labios y se quedó ahí plantado, sonriendo, mirándola con esa furia anterior—. Sé lo que te traes últimamente, todos en el pueblo lo saben, estúpida niña. Deja el pasado en paz y céntrate en lo que importa porque de lo contrario, sí, Cassandra, voy a mandarte a la hoguera, ¿crees que me va a temblar la mano?

— Oh, sé que en tu familia no os tiemblan las manos. —Ladeó la cabeza—. A menos que empinéis el codo. En ese caso, os tiemblan un poco, pero siguen siendo funcionales.

Walter la miró. Cassandra pensó que iba a abofetearla. Edmund la hubiera abofeteado.

Lo que hizo, sin embargo, fue dar media vuelta y dejarla allí.

Cassandra dio por levantada la prohibición de abandonar el hogar conyugal.

Capítulo 4

Al día siguiente, Cassandra recibió la visita de una ensoñación en forma de hombre.

Daniel Loughty entró en la estancia dubitativo, con las manos en la espalda y la boca entreabierta. Parecía estar preguntando, en silencio, si aquello estaba bien, si ese era un encuentro apropiado o si, por el contrario, se había equivocado.

Cassandra se incorporó cuando tomó conciencia de que esa imagen, Daniel al otro lado de la puerta, no pertenecía a ningún tipo de ensoñación, que estaba allí, que de veras estaba allí, en la biblioteca de la casa que ahora le pertenecía por entero, avanzando hacia el centro de la estancia como quien avanza por un lodazal, con la sospecha de que no tardarás en tropezar y caer.

— Daniel —dijo ella, con sorpresa, casi con adoración.

— Cassandra —dijo él, con una cierta resignación.

Poco después de desposarse con Edmund, Daniel había tratado de arreglar un encuentro entre ambos que no llegó a producirse. Cuando El Inglés advirtió que el antiguo pretendiente de su esposa merodeaba en torno a su palacete, se encargó de que este recibiera, en los días siguientes, una paliza que lo mantuvo en cama una semana. Aprendida la lección, Daniel no volvió a presentarse por allí.

No hasta meses más tarde, al menos, cuando tuvo noticias de un viaje por el que Edmund tenía previsto ausentarse unos días. Ninguna de las personas del servicio nacidas en esa región sentía más respeto por El Inglés del que podía sentir por Cassandra, la única hija de Stuart Burns. O por Daniel, el buen muchacho de Ramsay Loughty. Así que Daniel, en esa ocasión y con ayuda, consiguió llevar a Cassandra hasta la fachada que quedaba más oculta a la vista de cualquiera que tuviese la inoportuna idea de pasar ese anochecer por allí.

Llovía con fuerza. Cassandra por entonces estaba ya más que comprometida, al resignado estilo escocés, con el destino que le había tocado: se había desposado con otro hombre, así que debía olvidar a Daniel. No importaba que apenas tuviese relación con su esposo. Sus escasos encuentros se limitaban a las visitas nocturnas de él, un par de noches por semana. Entendía que no era amor, ni siquiera búsqueda del placer, lo que motivaba ese acto: lo que sobre todo parecía desear era concebir un hijo con ella. Por lo demás, Edmund se mostraba del todo indiferente a la presencia de Cassandra en su vida.

Pero no toleraría el desagravio. Dado que todavía no había sufrido la magnitud de su carácter violento, lo que temía Cassandra no era tanto que ese encuentro furtivo pudiese acabar con su vida como que pudiese acabar con la de Daniel, y aquello sí que no estaba dispuesta a sacrificarlo. Por ello, al compás de la lluvia, *cloc*, le dijo que aquello no era lo correcto, *cloc*, que lo sentía pero que era una mujer unida a otro hombre, *cloc*, que no había sido su deseo pero respetaría sus obligaciones, *cloc*, así que debía marcharse y no regresar. Sabía que Daniel deseaba tanto estar con ella que hubiera aceptado cualquier propuesta: convertirse en amantes, encuentros esporádicos en la oscuridad, incluso fugarse juntos. Pero qué sería de ellos. Qué sería de ellos, no eran más que dos críos. ¿A dónde irían? ¿De qué vivirían? Daniel no merecía aquello, Cassandra no podía condenarlo a esa vida. Merecía la plenitud, una vida a la luz del sol.

Cassandra contuvo el dolor y lo rechazó todo hasta que Daniel se marchó y no volvió.

Hasta ese momento.

— Por Dios, Daniel, estás empapado —dijo ella.

— Los caprichos de este clima —dijo él.

Y le regaló una de aquellas sonrisas torcidas. Cassandra reparó en las gotas deslizándose por los mechones de pelo que cruzaban su frente, recordó cuánto le había agradado siempre la lluvia a Daniel y sintió que ella también se deslizaba un poco, pero hacia sus propios infiernos, los que reservaba para su soledad, hacia su condena, la de la pérdida, la del desapego absoluto por todo lo que no fueran sus brujas.

Avanzó hasta su muchacho convertido en hombre.

— Lo cierto es que empieza a ser insoportable.

— ¿Disculpa? —preguntó él, algo desconcertado.

— La lluvia de estos últimos días, quiero decir.

Habían mantenido esa conversación cientos de veces. Cassandra detestaba el clima de esa isla. Anhelaba rayos de sol, días claros y luminosos. Daniel se burlaba de ella.

— Recuerdo inviernos peores.

— No debería llover tanto a estas alturas del año.

— Y tú deberías rendirte. —Sonrió—. No puedes mantener una guerra eterna contra el clima.

— No es contra el clima.

— ¿Contra qué es, sino?

— Contra esta isla, de forma general.

— ¿También contra los bellos días soleados de los que disfrutamos?

— Muy de cuando en cuando —puntualizó ella.

— Lo bueno, si breve…

— ¿Vamos a discutir sobre el tiempo?

Daniel bajó la mirada, escondiendo lo que parecía una sonrisa sincera.

— No, supongo que no.

Cassandra había añorado tanto, tanto, tanto esa sonrisa. Lo miró cautivada por el momento, por el recuerdo, por ese rostro amable que tenía el poder de provocar que sus defensas, que con tanto ahínco había construido aquellos años, le resultasen innecesarias. Un estorbo, incluso.

Avanzó otro paso hacia él en el instante exacto en el que Daniel alzaba de nuevo la mirada.

— Me alegra mucho verte, Daniel. De veras. Temía que…

«Que me odiaras. Temía que me odiaras, que sintieras por mí el más profundo de los desprecios, o peor, después de todo este tiempo, la más profunda de las indiferencias».

No dijo nada de todo aquello. A cambio, preguntó:

— ¿Cómo has estado?

— Bien —respondió, y esperó unos segundos antes de añadir—: Quería… Quería trasladarte mis condolencias en persona. Me parecía… lo adecuado.

— Por supuesto, te lo agradezco.

— También mis padres te envían todo su cariño.

Cassandra sonrió.

— Agradéceselo, por favor. Quizá un día de estos pueda visitarlos.

Mantuvo la sonrisa, llevada por la expectativa de volver a estar en su compañía.

Después recordó que Daniel se había comprometido con otra mujer y que, siendo así, su familia preferiría mantener a Cassandra como una figura perteneciente al pasado. Como un recuerdo y nada más. Entonces la sonrisa se congeló.

— ¿Tú te encuentras… bien? —preguntó él.

Se miraron.

— Me encuentro bien, Daniel, gracias.

— ¿No…?

Movió la cabeza de un lado a otro, silenciándose a sí mismo, y bajó de nuevo la mirada. Los ojos de Cassandra siguieron ese movimiento hasta terminar posados en sus manos, que arrugaban con nerviosismo la boina que ese día llevaba. La reconoció por la banda azul que cruzaba uno de los laterales. Esa boina pertenecía, o había pertenecido, a Ramsay, el padre de Daniel. Este solía robársela cuando era un crío, jugando así a hacerse mayor, a ser un adulto que paseaba por el pueblo vendiendo todo tipo de productos traídos del campo. A esto me dedicaré, decía, seremos afortunados y no nos faltará de nada.

Cassandra se quedó sin aire. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por dejar de lado la melancolía y concentrarse en el momento presente.

— ¿Qué querías preguntar? —le animó.

Daniel volvió a mirarla y ella pudo ver en esos ojos su debate interno.

Al final se decidió:

— No quiero entrometerme, Cassandra, pero… ¿Estás en peligro?

Ella abrió la boca para responder, podía quedarse tranquilo porque no se encontraba en peligro, pero se detuvo cuando comprendió, cuando comprendió de verdad, que a Daniel le preocupaba la posibilidad de que ella también fuera asesinada. Se sintió devastada, derrotada por esa tierna inquietud.

Siempre había sido así: un muchacho tierno, de ideas sensibles y corazón dulce, que hablaba sin pudor de lo que sentía. Aunque había sabido congeniar con el resto de los jóvenes del pueblo, se había diferenciado de ellos desde bien temprano. Quizá congeniaba porque incluso aquellos brutos apreciaban lo que ellos no podían ser. No solo el buen corazón, sino la ausencia de brutalidad. Daniel tomaba su mano con delicadeza y le regalaba flores sin necesitar de un pretexto para ello, no por caballerosidad o por convenciones sociales sino porque así nacía en él. Cada día le preguntaba cómo había sido su jornada, incluso cuando todas eran iguales. Así era Daniel.

¿Así seguía siendo Daniel? De ser así, con gusto se hubiera arrodillado ante el milagro de que su espíritu no se hubiera agriado.

— No sabemos qué ha sucedido —respondió al fin—, pero seguramente guarde relación con los negocios de Edmund. Así que no, no creo estar en peligro.

Giró sobre sí misma y comenzó a caminar por la estancia, por hacer algo, por soportar de alguna manera el impulso que sentía de abrazarlo. ¿Cómo sería hacerlo después de tanto tiempo, cómo se sentiría? Había crecido, había ganado en altura y sus hombros se habían ensanchado. Se imaginó colocando las manos sobre su nuca, apoyando la frente en su barbilla, en su mejilla, descansando su cuerpo, su peso, todo su peso, sobre el pecho de Daniel. Ahogó un suspiro.

Qué guapo estaba. En verdad se había convertido en un hombre hermoso. Su cabello se había oscurecido un poco, su rostro se había curtido. Sí había perdido algo de la inocente dulzura de la juventud, pero sus ojos todavía tenían ese brillo que no había vuelto a ver en otros.

Tiró de sus dedos, uno a uno, nerviosa, con el mismo nerviosismo con el que Daniel arrugaba su boina heredada. Se dijo aquello mismo, que sus nervios eran evidentes, que Daniel debía estar percibiendo ese estado de inquietud, y también que no poseía ningún tipo de defensa para él. No podía enmascarar lo que sentía.

Bien, ¿qué sentía?

Lo miraba. Él también la miraba a ella. Lo que sentía no era que se encontrasen manteniendo una conversación en silencio, diciéndose cosas sin decirlas, sino más bien que estaban reconociéndose el uno al otro. Pensó que tal vez todos los pensamientos y todas las emociones que se agolpaban en su interior, él también, desde su perspectiva, los estuviese experimentando.

Llevaban siete años sin encontrarse de ese modo, uno frente a otro. Siete años sin mirarse a los ojos. Siete largos años. El tiempo había transcurrido pesado y lento hasta llegar a ese momento. Claro que deseaban reconocerse, claro que se miraban el uno al otro. Qué sentía Daniel, pensaba Cassandra, y después dirigía los pensamientos hacia sí misma.

¿Qué sentía ella?

Daniel dio un paso hacia adelante.

— Cassie…

— ¿Sí?

Los segundos en silencio pesaron como la más pesada de las losas. Al final, dijo:

— Si necesitases cualquier cosa… Mi familia, yo… —Carraspeó—. En todo lo que podamos ayudarte.

Cassandra sonrió. «Iba a decir algo diferente, pero, fuera lo que fuera, se lo ha pensado mejor». Pero sonrió porque entendió que seguía conociendo, un poco, ese corazón dulce. Su indecisión, su forma de expresarse.

No pensaba ni mucho menos señalar aquello, pero, en cualquier caso, no hubiera tenido oportunidad, porque la puerta se abrió en ese momento.

Walter Sayer se detuvo en el umbral al advertir la presencia de Daniel en la estancia, a quien observó con la boca torcida y la sorpresa en los ojos. La misma sorpresa que había sentido Cassandra al verlo aparecer, pero con matices contrarios.

Daniel se cuadró, como si estuviera ante alguien de mayor rango y posición, y dijo:

— Señor Sayer, he venido a presentar las condolencias de parte de mi familia. Lo traslado también a usted. Lamento su pérdida.

Walter asintió, pero no en dirección a Daniel, no para aceptar esas condolencias, sino hacia sí mismo, como si hubiera decidido qué significaba su presencia allí. Al final, avanzó hasta el centro mismo de la estancia, miró al joven y, con una sonrisa de fingida cortesía, ordenó:

— Si nos disculpas.

Daniel dirigió una última mirada a Cassandra antes de dirigirse hacia la puerta.

— Gracias, Daniel —dijo ella, cuando todavía no la había cruzado—. Abraza a tus padres de mi parte, por favor.

— Así lo haré. Buenos días.

Cerró al salir. Walter se volvió hacia Cassandra.

— ¿Qué es lo que acabo de presenciar?

La observó con una curiosidad genuina. Ella se alisó los pliegues del vestido. Carraspeó y se encaminó hacia la puerta.

— Nada más que a un viejo amigo trasladándome sus condolencias y las de su familia, tal como él mismo te ha explicado.

Walter asintió despacio.

— Ya… —arrastró aquella única sílaba, con la mirada fijada en Cassandra—. Si te trae sin cuidado la memoria de mi hermano…

— Walter —lo interrumpió—, no ha sido más que una conversación.

Pero Walter parecía perdido en sus propias conclusiones, deliberando en torno a la implicación de Daniel en el crimen, recopilando las razones que tendría para ello, y con toda probabilidad sentenciándolo. Cassandra notó otra vez aquel regusto amargo ascendiendo por su garganta. Se llevó una mano al estómago y los ojos de Walter vagaron con ella hasta posarse allí. Después la miró a los ojos.

«Fantástico, ahora piensa que estoy en cinta».

— Por Dios —dijo, antes de disponerse ella también a abandonar la estancia.

No estaba dispuesta a soportar tonterías.

Su cuñado se desplazó veloz y, tomándola del brazo, la obligó a detenerse.

— ¿Comprendes la situación en la que te hallas?

— Mi esposo acaba de fallecer, mi situación es la de una viuda desconsolada.

La escrutó de nuevo, tratando de leer en sus ojos las intenciones que tenía, tal vez tratando de adivinar cómo habían sido sus últimos días. Walter hacía aquello. No era impulsivo, como su hermano, ni tampoco era prudente, como Daniel. Era calculador y condenadamente receloso.

Los ojos de Edmund no habían sido fríos, aunque tampoco cálidos. En las horas muertas de las primeras semanas en aquel palacete, Cassandra había sentido necesario precisar qué era lo que encontraba en los ojos de El Inglés, para que sus actitudes o su comportamiento, en apariencia indiferentes en todo momento, no la tomasen por sorpresa. Al fin, durante una noche, supo puntualizar el matiz que la había desconcertado: no era frío lo que había en esos ojos, era vacío. Eran dos ojos carentes de emoción que observaban el mundo sin especial interés ni afecto.

La mirada de Walter sí era una mirada fría, perteneciente a un hombre calculador que observaba el mundo con recelo.

Cassandra trató de zafarse de su agarre.

— ¿Serías tan amable de devolverme el brazo, por favor?

La liberó. No era que Walter no fuera violento. Según tenía entendido Cassandra, su cuñado cedía con la misma facilidad que Edmund a sus ataques de ira. A ella nunca le había puesto la mano encima, eso era asunto de su hermano, pero más tarde se diría que si no lo había hecho aquellos primeros días en los que Edmund ya no estaba no había sido por falta de ganas. Lo que sucedía, casi con seguridad, era que no quería desviar la atención hacia un incidente menor.

Así que Walter la liberó y dio un paso atrás, como temiendo caer en la tentación de decorar su rostro.

Por qué tantas mujeres, se preguntaba Cassandra una y otra vez.

— No quiero que tu viejo amigo vuelva a poner un pie en esta casa.

— Es mi casa, Walter. Soy la señora de esta casa, no vas a interferir en mis decisiones.

Era consciente de que provocar a ese hombre, mostrarse insolente o desconsiderada con lo sucedido, era peligroso, pero ya a esas alturas estaba demasiado exhausta como para cuidarse de ese modo.

— Sí, supongo que eso es *exactamente* lo que está pensando ese imbécil. —Torció la boca. Hacía mucho aquello. Era su manera de anunciar una de sus suspicacias—. Que ahora, por fin, es tu casa.

Se encogió de hombros y se dirigió al escritorio.

Cassandra no supo qué responder. Se había preparado para transitar muchos caminos. Sabía que muchos ojos se posarían sobre su hermano, que tantas veces en público había mostrado su rechazo a Edmund, y que por tanto tendría que defender su inocencia. Se había preparado para ser acusada ella misma, tomando en consideración que su desdicha, después de haber paseado su maltrato por el pueblo, era en esos momentos un asunto de relevancia pública. Desde que Florence le había despertado aquella mañana con la noticia en la boca y el miedo en los ojos, se había preparado para los interrogatorios de la Kirk y de las personas que Walter dispusiera para averiguar lo sucedido.

No estaba preparada, sin embargo, para que Daniel se viera salpicado por ese crimen. No era algo que hubiera reflexionado o tan siquiera considerado. Lo creía a salvo del peligro, a salvo de las maquinaciones de su cuñado. Su reciente compromiso descartaba cualquier interés que pudiera tener en recuperar su relación con Cassandra.

Pero Walter no sabía aquello. Tal vez por respeto a su padre, por respeto a los vínculos que unían a ambas familias, Daniel había decidido postergar el anuncio público. Asintió para sí. De acuerdo, Daniel quedaría exculpado pronto, tan pronto como se conociera aquello.

Cuando recobró el sentido de su presencia allí, Walter sostenía un par de papeles amarillentos que consultaba con lo que parecía ser atención, en apariencia ignorando que Cassandra seguía en la biblioteca. Se metió de nuevo en el papel de la señora de esa casa y carraspeó. Walter alzó las cejas, tal como hacía su hermano, pero no la miró.

Estaban librando una guerra.

— Si no te importa, voy a retirarme a descansar un poco antes del almuerzo. —Walter no dijo nada. Cassandra se mordió el carrillo interno—. Gracias por tu visita. Puedes quedarte tanto como desees.

— Claro que puedo —respondió él, todavía sin levantar la mirada.

Cassandra entendió que había perdido esa batalla cuando se vio a sí misma abriendo la puerta de la biblioteca con una rabia inusitada que no se permitía mostrar en público. Por poco no salió corriendo hacia el dormitorio. Ascendió por la escalinata con premura, asiéndose los bajos del vestido y con las lágrimas acumulándose en los párpados. Entró al cuarto del mismo modo y se apoyó contra la puerta al cerrarla, momento en el que liberó esas lágrimas y con ellas el cansancio, que la arrastró hasta el suelo. Dobló las rodillas y se abrazó a sí misma.

La presencia de Daniel, sus inquietos y desconcertados y dulces ojos, su compromiso, las insinuaciones de Walter, el cada vez más evidente hecho de que tendría que colaborar con la investigación del crimen, las mujeres que seguían escribiendo, tantas mujeres, de tantos lugares.

Fue este pensamiento lo que le devolvió la serenidad, casi de golpe. Dirigió su mirada hacia el tocador y allí estaba: un sobre cerrado. Se incorporó y, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, se liberó un poco de todas las preocupaciones propias. Se aclaró la garganta y lo abrió. Leyó:

Mañana

Lo dobló y lo lanzó a la chimenea, donde el fuego crepitaba con tanta fuerza que parecía intentar comunicarse con ella.

Capítulo 5

Era imposible ofrecer pruebas definitivas que demostrasen que una mujer no era una bruja.

Así comenzaba la última carta que habían recibido. Lìosa sostenía el papel en alto, ella misma incorporada. Dirigía miradas, a medida que avanzaba en la lectura, a las mujeres que conformaban el círculo. Lìosa había aprendido a leer pronto y cuando lo hacía para todas proyectaba la voz con una facilidad admirable. Era toda una narradora.

Su familia y ella habían abandonado las Tierras Altas hacía ya más de veinte años pero, mientras que sus padres y sus hermanos mayores no se habían desprendido del marcado acento del Norte que trajeron consigo, Lìosa había crecido con otros sonidos a su alrededor, así que para muchos era más una chica de esa orilla del mar que una chica del pueblo que había abandonado. Pero era del Norte, como lo había sido la madre de Cassandra.

Cassandra colocó las manos sobre el ejemplar de la Biblia que descansaba en su regazo. Notaba sus pensamientos distraídos, vagando en diferentes e irreconciliables direcciones. Por un lado, el encuentro con Daniel le había provocado sensaciones que rozaban lo desagradable cuando se decía que formaban parte de deseos irrealizables. Por otro lado, el último encuentro con Walter le había dejado de lo más inquieta, preguntándose si debía advertir a su hermano, tal vez incluso a Daniel, de las intenciones de su cuñado, o si por el contrario debía dejarlo estar, no inmiscuirse más de la cuenta.

Y ahora estaba allí, y Lìosa recitaba un caso más de una mujer más que había terminado sus días en la hoguera por… ¿Cuál era la acusación en esa ocasión?

— Hechizar a su vecino para que mantuviese con ella… —Lìosa carraspeó—. Bueno, no lo expresa con demasiada claridad, pero se refiere a relaciones íntimas.

Cada vez recibían más cartas de mujeres que provenían de todos los rincones de Escocia. Habían iniciado esa cadena de correspondencia después de lo que había sido una inocente conversación entre Cassandra, Lìosa y Hariet. Se encontraban en los festejos del pueblo, tres años antes. La hoguera ardía en el centro de la plaza, para conmemorar y sobre todo para protegerse de la llegada del invierno, del paso de la luz a la oscuridad, de esos días cortos y esas noches largas que comenzaban. Cassandra observaba las llamas ascender al cielo y en cada una de ellas creía ver a la mujer arrodillada frente al mar de su infancia. Había hablado de ella con Sarah en alguna ocasión, pero en lo que respectaba al resto… Era su pequeño secreto, su secreta condena, esa mujer, las plegarias que imaginaba y su tristeza.

Esa noche de festejos, Lìosa la tomó de la mano cuando vio que lloraba.

— ¿Qué pasa, Cassie?

Atrapó la lágrima antes de que resbalase por su barbilla y buscó a su esposo entre la multitud. Edmund charlaba, ajeno a su presencia, con dos hombres. El matrimonio se había unido a las festividades porque, decía El Inglés, los hombres eran más dados a los negocios cuando estaban contentos, y no le importaban más que sus negocios.

Cassandra habló esa tarde, por primera vez con Lìosa y Hariet, de la mujer que había poblado las pesadillas y los sueños de su infancia. No podía dejar ir su tristeza, les explicó, sentía que esa tristeza contenía la tristeza de otras muchas mujeres. Sentía que aquella había sido la última bruja de Escocia.

Resultó que Lìosa también pensaba en ellas. Quizá no tanto como Cassandra, pero ciertas noches en las que no podía dormir se imaginaba a sí misma gritando en una hoguera.

— No sé cuál es la razón de esas pesadillas —confesó—. Es como si sintiera muy adentro que es un destino que me pertenece, o que me hubiera pertenecido. Al que pertenezco.

Resultó que Hariet también se había quedado conmocionada, durante su infancia, con esa mujer que había aparecido un día en el pueblo para arrodillarse frente al mar. Fue entonces cuando descubrió que una antepasada directa, la madre de su abuela, había acabado sus días entre llamas, tildada, como tantas otras, de bruja.

— ¿De qué se la acusaba?

— Mi madre no tenía por costumbre hablar de ello. —Hariet bajó la cabeza; había fallecido dos años atrás—. Pero una vez me dijo que su pecado había sido negarse a obedecer.

— ¿Cómo se llamaba? —preguntó Cassandra.

Su amiga la observó en silencio unos segundos antes de responder:

— No lo sé.

Cassandra miró de nuevo hacia la hoguera. Les quitaron incluso los nombres, reflexionó en ese momento. También pensó que algún día querrían conocerse todos esos nombres de todas esas mujeres malogradas, y que algún día alguien tendría que pedir perdón por aquellos crímenes.

No fue hasta meses más tarde cuando esa primera idea se convirtió en algo más que una idea. Comenzó con una carta dirigida a ese antiguo pueblo de Lìosa. Cuántas historias de brujas se contarán en el Norte, se preguntaba entonces.

Años más tarde sabía que habían sido cientos las mujeres que habían muerto en las hogueras, porque cada semana llegaban nuevas cartas, nuevas historias. Algunas se repetían. Algunas se conocían en rincones distantes entre sí. Esas mujeres tenían nombre, incluso apellido. Eran brujas que habían permanecido en la memoria colectiva.

La mayoría, sin embargo, eran mujeres anónimas, sólo recordadas por descendientes tardíos, o por mujeres como Cassandra, que encontraba en ese pasado una parte de quien era en el presente.

Tantas mujeres. Por qué tantas mujeres.

— ¿Cassie?

Despertó del trance al escuchar su nombre. Lìosa, Hariet y Sarah, las tres la miraban. Se encontraban en casa de esta última. Habían cambiado su lugar de reunión tiempo atrás, cuando el esposo de Sarah, como el hermano de Cassandra, había empezado a ausentarse por sus viajes relacionados con ese comercio del lino que tantas alegrías estaba proporcionando a la región. Ahora se reunían en esa casa en las afueras del pueblo, sintiendo una mayor intimidad, rodeadas de granjas y extensiones de tierras

de labor que propiciaban que ese mar ante el que arrodillarse se sintiese un poco más lejos.

Los rumores sobre esas cuatro mujeres habían empezado a circular, pero el discurso oficial había sido que se reunían para leer la Biblia, una actividad que nadie en su sano juicio podría reprochar, aunque no hubiese hombres involucrados, y que tampoco nadie se atrevía a poner abiertamente en entredicho. Cassandra dio un par de golpecitos a su ejemplar.

— Disculpad —susurró—. ¿Qué decíais?

Lìosa trató de retomar el asunto, pero Sarah alzó la mano, todavía mirándola.

— ¿Estás bien, Cassie?

Sarah era su amiga más antigua y, a pesar de la gran relación que le unía a Lìosa y Hariet, la más íntima. De edades semejantes, sus casas familiares no se encontraban muy lejos la una de la otra, así que habían compartido parte de su vida. Sarah había trabajado en el campo desde bien pequeña; las tierras de su familia quedaban lejos de la tierra de Stuart Burns, por lo que no se veían tan a menudo como les hubiera gustado, pero siempre que se encontraban se escapaban juntas. Así habían llegado a desarrollar la confianza que otorga haberse lanzado barro la una a la otra, algo impropio de dos señoritas, cuando todavía podían contar su edad con los dedos de las manos. Eso es algo que une de por vida. Confiaba en ella más de lo que confiaba en nadie, con la única excepción de Lìosa y Hariet.

— ¿Quieres hablar de…? —comenzó Hariet, pero se detuvo ahí.

Cassandra se encogió de hombros.

— Estoy bien —dijo al principio por toda respuesta. Después se obligó a relajar su postura y ofrecer la comunicación que pedían sus amigas—. No tengo que fingir con vosotras, así que puedo deciros que, por encima de cualquier otra emoción, siento alivio.

— Desde luego que sientes alivio, Cassie. Ese malnacido no va a ponerte nunca más una mano encima.

Lìosa y su habitual ferocidad. Cassandra casi sonrió.

— No soy capaz de conciliar el sueño y cuando lo consigo es para perderme en pesadillas. —Hizo una pausa—. Seguramente las conserve de por vida.

— En un tiempo te sentirás más tranquila, Cassie —aseguró Hariet.

— ¿Qué se sabe? —preguntó Sarah.

— Nada, por el momento. Al menos, nada que su hermano quiera compartir conmigo.

Un sonido procedente del exterior las indujo al silencio. Poco a poco, la puerta se entornó y la más pequeña de las cabezas se asomó por el espacio creado.

— ¿Sarah?

Cassandra sonrió ante esa voz: se trataba de la hermana pequeña de su amiga.

— ¿Connie? Pasa, ¿qué ocurre?

Connie entró con timidez. Las manos en la espalda, una sonrisa a medio hacer.

— Madre pregunta si mañana podrías acompañarnos al mercado. Y si podrías traer la cesta que Robert hizo para nosotras.

— Claro que sí, hermana.

Connie asintió.

— Vale, bueno, pues, ¡adiós!

Connie era la hermana pequeña de Sarah. Tenía diez años, catorce menos que Sarah y Cassandra. Estaba en edad de empezar a explorar sola el pueblo y aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba para visitar el hogar de su hermana. Sarah no conseguía concebir, y empezaba a sentirse muy disgustada por ello, así que agradecía su compañía.

Cassandra hacía tiempo que había renunciado a esa posibilidad. Tal vez ni siquiera fuese ya una posibilidad. Dudaba, incluso, de que alguna vez lo hubiese sido; tal vez su cuerpo, en una inmensa demostración de rebeldía, se había sublevado contra esa razón de ser que algunos atribuían a las mujeres. O tal vez, después de todo, se había estropeado a sí misma con brebajes y remedios y rituales y rezos para no llevar dentro al hijo de Edmund. Al principio lo había hecho por sí misma: era demasiado joven, no se sentía preparada para ser madre, se sentía abrumada y desgraciada. Después lo había hecho por él. No iba a entregarle un hijo al demonio, ni iba a entregar una criatura indefensa a ese mundo lleno de peligros.

¿Cómo sería el mundo cuando Connie alcanzase la edad adulta? ¿Cómo sería el esposo que le tocaría para acompañar sus días? ¿Sería amable y pasional, como Liam? ¿Sería de una brutalidad afable, como Robert? ¿Sería como Edmund? ¿Seguirían las mujeres, catorce años en adelante, necesitando un marido al que pertenecer, un esposo que las tomase en propiedad y guiase su vida?

¿Cuántos nombres de brujas se conocerían?

— ¿Por dónde íbamos? —preguntó, recordando su propia guía de vida. Después recordó la pregunta que le había surgido al comenzar aquella última carta—. ¿Cómo podían defender su inocencia si es, en efecto, imposible ofrecer algún tipo de prueba que demuestre que una mujer *no* es una bruja? ¿No se trataba, más bien, de una creencia, de algo en lo que deseaban creer?

— Por no hablar de lo que tantas refieren: que ni siquiera podían defenderse —dijo Sarah—. Dijesen lo que dijesen, si eran señaladas casi con total seguridad terminarían condenadas. No importaban las pruebas. —Hizo una pausa—. Es como si necesitasen llenar esas hogueras.

— De mujeres inocentes —añadió Lìosa.

— Pero… ¿Por qué? —preguntó de nuevo Cassandra.

Las cuatro callaron. Por qué tantas, tantas, tantas mujeres.